

zados los vasos, las tazas, los ceniceros, las botellas, las sillas y las mesas; los espejos caían hechos trizas; la oscuridad confundía a los combatientes y rectificaba las diferencias de número; y las brigadas negras acababan la lucha pisoteando indistintamente con sus zapatos claveteados a los del uno y a los del otro bando.

En una de aquellas noches gloriosas, cuando el príncipe de los Boscenos, rodeado de varios patriotas salía de un cafetín que se puso en moda, el señor de Trumelle le señaló a un hombrecillo con gafas, barbudo, sin sombrero, con una sola manga en la levita, que se arrastraba penosamente sobre la calle cubierta por los fragmentos de los proyectiles improvisados en la última batalla.

—¡Mirad—le dijo—, es Colombán!

Además de mucha fuerza el príncipe tenía mucha suavidad y no escasa mansedumbre; pero al oír el nombre de Colombán le hirvió la sangre; se dirigió al hombrecillo de las gafas y lo derribó de un puñetazo en la nariz.

El señor de la Trumelle advirtió entonces que le había engañado una semejanza inicua, y el que supuso Colombán era el ilustre Bazile, antiguo procurador, secretario de la Liga de los antipyrotinos, patriota ardiente y generoso. El príncipe de los Boscenos disfrutaba de uno de esos caracteres antiguos que no se doblegan jamás; pero sabía reconocer sus errores.

—Ilustre Bazile—dijo al quitarse el sombrero—, si bien os puse la mano en el rostro, estoy seguro de que me perdonaréis, más aún, me aprobaréis, me complimentaréis, me congratularéis y me felicitaréis, cuando conozcáis el motivo que me impulsó, y no fué otro que haberos confundido con el canalla de Colombán.

El ilustre Bazile cubrióse con el pañuelo la nariz ensangrentada, levantó el muñón de su brazo ausente y dijo con entereza:

—No, caballero: no puedo felicitaros, ni congratularos, ni complimentaros, ni aprobaros, porque vuestra acción era por lo menos superflua; más aún: era excesiva. Esta noche ya me habían confundido tres veces con el dicho-

so Colombán, tratándome, sin duda, como él se merece. Sobre mi cuerpo, los patriotas ya le habían hundido las costillas y deshecho los riñones; y me parecía, caballero, más que suficiente.

Apenas había terminado su discurso cuando se acercó una muchedumbre de pyrotinos, y engañados a su vez por la semejanza insidiosa, creyeron que los patriotas apaleaban a Colombán, y acometieron a garrotazo limpio con sus bastones de hierro y sus nervios de buey al príncipe de los Boscenos y a sus compañeros, los dejaron casi moribundos, y se apoderaron del procurador Bazile, a pesar de sus protestas indignadas, al grito de «¡viva Colombán!, ¡viva Pyrot!». Así le llevaron en triunfo a lo largo de los bulevares, hasta que la brigada negra, que los perseguía, consiguió rodearlos, apalearlos, arrastrarlos indignamente a la Comisaría, donde el procurador Bazile fué una vez más pisoteado en representación de Colombán.

## CAPÍTULO VII

### BIDAULT-COQUILLE Y MANIFLORA.—LOS SOCIALISTAS

Mientras un huracán de cólera y de odios rugía en Alca, Eugenio Bidault-Coquille, el más pobre y el más feliz de los astrónomos, instalado en un viejo torreón del tiempo de los Draconidas observaba el cielo a través de un mal catalejo, y sorprendía fotográficamente sobre placas averiadas el paso de los cometas. Su genio corregía los errores de los instrumentos, y su amor a la ciencia triunfaba de la depravación de los aparatos. Estudiaba con inextinguible ardor aerolitos, meteoros y bólidos, todos los fragmentos ardientes, todas las partículas inflamadas que atravesaban con velocidad prodigiosa la atmósfera terrestre; y recogía, en pago a sus laboriosos desvelos, la indiferencia del público, la ingratitude del Estado y la animadversión de los centros científicos.

Obsesionado en los espacios celestes ignoraba los su-

cesos ocurridos sobre la superficie de la tierra, nunca leía periódicos, y al ir por las calles abstraído en sus cálculos y averiguaciones siderales, algunas veces fué a parar al estanque de un jardín público y otras veces cayó entre las ruedas de un ómnibus.

De muy elevada estatura y más elevados pensamientos, su estimación respetuosa de sí mismo y del prójimo se exteriorizaban en una frialdad cortés, en una levita negra muy estrecha y en un sombrero de copa, bajo el cual se mostraba su rostro demacrado y sublime. Comía en un fonducho modesto y abandonado ya por todos los clientes menos espiritualistas. Allí encontró sobre la mesa, una noche, la hoja de Colombán en defensa de Pyrot, y mientras cascaba unas nueces huera, de pronto, exaltado por la sorpresa, la admiración, el horror y la piedad, olvidó la caída de los meteoros y la lluvia de estrellas, y vió solamente la inocencia mecida por los huracanes en la jaula sobre la cual iban los cuervos a posarse.

Ya no le abandonó aquella imagen dolorosa; y pocos días después, al salir del fonducho donde comía poseído por la sugestión del condenado inocente, vió una turba de ciudadanos que se precipitaba en un local cerrado donde había una reunión pública.

Entró; la discusión era libre; los oradores bramaban, se increpaban, se golpeaban y se agitaban como furias en aquella atmósfera densa y pestilente. Los pyrotinos y los antipyrotinos hablaban a su vez y eran aclamados o maltratados. Un ruidoso y confuso entusiasmo enardecía la concurrencia. Con la audacia de los hombres tímidos y solitarios, Bidault-Coquille subió a la tribuna y habló tres cuartos de hora. Habló de prisa, desordenadamente, pero se apasionó y mostró la profunda convicción de un matemático místico. Fué aclamado. Cuando bajaba de la tribuna, una mujerona de edad indefinible, que lucía en su ancho sombrero plumas heroicas, se abrazó a él, besóle apasionada, y con solemne ardor, le dijo:

—¡Eres incomparable!

Bidault-Coquille pensó, en su sencillez de sabio, que habría en todo aquello algo de verdad.

Ella le declaró que sus ideales únicos eran la defensa de Pyrot y el culto de Colombán. El astrónomo la juzgó sublime y la creyó hermosa.

Se trataba de Maniflora, una vieja prostituta, pobre, olvidada, en desuso, y convertida de pronto en patriota entusiasta.

Ya no le abandonó; vivieron juntos horas inimitables, en las guardillas y en los aposentos amueblados, en las redacciones de los periódicos y en las salas de reuniones y conferencias. Como el astrónomo se preciaba de idealista insistía en suponerla adorable, aun cuando ella le dió francamente ocasión para que advirtiese que no la quedaba ninguno de sus encantos en ninguna parte de su persona y en ninguna forma, y que sólo conservaba de su belleza extinguida la certidumbre de agradar y un orgullo altanero para exigir homenajes. Sin embargo, hay que reconocerlo: el proceso Pyrot, fecundo en prodigios, revestía de una cívica majestad a Maniflora, y en las reuniones populares la transformaba en un símbolo augusto de la Justicia y de la Verdad.

A ningún antipyrotino, a ningún defensor de Grea-tauk, a ningún amigo del ejército, inspiraban el menor asomo de ironía ni de burla Bidault-Coquille y Maniflora. Los dioses, en su cólera, habían negado a aquellos hombres el don precioso de la sonrisa, y acusaban gravemente a la cortesana y al astrónomo de espionaje, de traición, de conspirar contra la patria. Bidault-Coquille y Maniflora se agitaban sumergidos en la injuria, el ultraje y la calumnia.

Hacia muchos meses que la Pingüinia se hallaba dividida en dos campos y, cosa que parece inverosímil, aún los socialistas no se habían decidido por el uno ni por el otro. Sus agrupaciones abarcaban casi todo lo que de trabajo manual había en el país; fuerza diseminada, confusa, pero formidable. El proceso Pyrot puso a los jefes de los principales grupos en un singular compromiso.

Les apetecía tan poco declararse partidarios de los banqueros como de los militares; consideraban a los judíos opulentos, y a los demás, como adversarios irreduc-

tibles. No discutían sus principios en este negocio, que no afectaba por de pronto a sus intereses; pero en su mayoría se daban cuenta de lo difícil que les era ya continuar alejados de las luchas en que se complicaba la Pingüinia entera.

Los más caracterizados se reunieron en el domicilio de su federación, calle de la Cola del Diablo San Mael, para tratar de la conducta que les convendría mantener en la situación presente y en las eventualidades futuras.

El compañero Fénix tomó la palabra.

—Se ha cometido un crimen—dijo—, el más odioso y el más cobarde crimen que pueda cometerse: un crimen judicial. Jueces militares, obligados o engañados por sus jefes jerárquicos, condenaron a un inocente a una pena infamante y cruel. No aleguéis que la víctima no es de los nuestros, que pertenece a una casta que fué siempre y será siempre nuestra enemiga. Nuestro partido es el partido de la justicia social, y la iniquidad no puede sernos indiferente. ¡Qué vergüenza para nosotros si permitiéramos que un radical, Kerdanic, un burgués, Colombán, y algunos republicanos moderados, fuesen los únicos en perseguir los «crímenes del sable»! Si la víctima no es de los nuestros, en cambio sus verdugos son los verdugos de nuestros hermanos, y Greatauk, antes de revolverse contra un militar había fusilado a nuestros camaradas huelguistas. Compañeros: con un esfuerzo intelectual, moral y material, libraréis a Pyrot del suplicio; y al realizar este acto generoso no os desviaréis de la misión libertadora y revolucionaria que asumisteis, porque Pyrot es ahora el símbolo del oprimido, y todas las inquietudes sociales se encadenan; al destruir una se quebrantan las demás.

Cuando Fénix hubo acabado, el compañero Sapor dijo estas palabras:

—Os aconsejan que abandonéis vuestras tareas para realizar una labor que no os concierne. ¿Por qué empeñaros en un combate cuyos dos bandos fueron y serán vuestros enemigos naturales e irreductibles? ¿Acaso odiáis menos a los banqueros que a los militares? ¿Qué intereses vais a salvar, los de los manipuladores de la

Banca o los de los negociantes del Ejército? ¿Qué inepta y criminal generosidad os conduciría en socorro de los setecientos Pyrot, a los que siempre habéis de hallar dispuestos contra vosotros en la guerra social? Os proponen que legalicéis la situación de vuestros enemigos y que restablezcáis el orden perturbado por sus crímenes. La magnanimidad, llevada a tal extremo, cambia de nombre. Camaradas: hay un límite donde la infamia es mortal para la sociedad; la burguesía pingüina se ahoga en su infamia y os pide que la salvéis, que hagáis respirable la atmósfera en torno suyo. Eso es burlarse de vosotros. Dejémosla que reviente, que muera; presenciamos con repugnancia y con alegría sus últimas convulsiones, y lamentemos que haya corrompido la tierra donde creció, hasta el punto de que para sentar los cimientos de una sociedad nueva sólo encontramos un lodo envenenado.

Al concluir Sapor su discurso, el camarada Lapersonne se limitó a decir:

—Fénix nos aconseja que socorramos a Pyrot, y se funda en que Pyrot es inocente. Su argumento me parece muy frágil. Su inocencia demostraría que siempre cumplió a conciencia su oficio, cuya principal misión consiste en asesinar al pueblo; y no es motivo suficiente para que el pueblo le defienda y le salve. Cuando me demuestren que Pyrot es culpable y que efectivamente robó el forraje de las provisiones militares, haré algo por él.

El camarada Larrivée tomó inmediatamente la palabra:

—No soy del parecer de mi amigo Fénix, ni opino como Sapor. Nuestro partido no debe afiliarse a una causa por el hecho de aparecer como una causa justa. Adivino un enojoso abuso de palabras y un equívoco perjudicial; porque la justicia establecida no es la justicia revolucionaria; son antagónicas: la una es servil y la otra rebelde. Yo prefiero la justicia revolucionaria a la justicia establecida; y por consecuencia repruebo la abstención y digo que, cuando la suerte favorable os trae a las manos un asunto como éste, seríais unos idiotas si no

lo aprovecharais. ¿Cómo? Se nos ofrece ocasión de asaltar al militarismo golpes terribles, tal vez mortales, y ¿queréis que me cruce de brazos? Camaradas: yo no soy un faquir; no apoyaré nunca el partido de los faquires; si aquí los hubiese, que no cuenten conmigo para nada. Contemplarse el ombligo es una política estéril. Un partido como el nuestro debe afirmarse constantemente; debe probar su existencia por una acción continuada. Intervendremos en el proceso Pyrot, pero intervendremos revolucionariamente; ejerceremos una acción violenta... ¿Creéis acaso que la violencia es un procedimiento envejecido, una invención caduca y que merece ser arrinconada con los coches-diligencias, las prensas a brazo y los telégrafos de señales? Si así pensarais estaríais en un error. Hoy como ayer todo se obtiene por la violencia; es un instrumento eficaz, pero hace falta saber emplearlo. ¿Cuál será nuestra acción? Voy a deciroslo: Excitar a las clases directoras las unas contra las otras; enzarzar a los banqueros con los militares, al gobierno con la magistratura, a la nobleza y al clero con los judíos; impulsarlos, a ser posible, para que se maltraten; y esto se consigue sosteniendo el estado de agitación que debilita el régimen como la fiebre agota al enfermo. El proceso Pyrot puede servirnos para anticipar diez años el movimiento socialista y la emancipación del proletariado por el desarme, la huelga general y la revolución.

Después de expresar los jefes del partido sus opiniones, entablóse una discusión larga y viva. Como sucede siempre en tales casos, los oradores repetían los argumentos ya expuestos, con menos orden y mesura que la primera vez. Disputaron. A nadie convenció la opinión ajena, y cada cual insistía en la suya; pero estas opiniones, en el fondo, se reducían a dos: la de Sapor y Laperonne que aconsejaban la abstención, y la de Fénix y Larrivé que deseaban intervenir.

Hasta esas dos opiniones contrarias se confundían en un odio común a la justicia militar y en una común creencia de que Pyrot era inocente. Así, pues, la opinión pública no se engañaba cuando veía en los jefes socialistas unos pyrotinos perniciosos.

En cuanto a las masas obreras, en nombre de las cuales hablaban y a las cuales representaban como la palabra puede representar lo indecible; en cuanto a los proletarios, en fin, cuyo pensamiento es tan difícil de conocer que no se conoce a sí mismo, sin duda el proceso Pyrot no les interesaba.

De sobra literario, con reminiscencias clásicas, un tono de burguesía elegante y de banca poderosa, el asunto no pudo serles grato.

## CAPITULO VIII

### EL PROCESO COLOMBÁN

Al empezar el proceso Colombán los pyrotinos eran unos treinta mil. Diseminados en todas partes, los había hasta en el clero y en el ejército, pero les perjudicaba la complaciente adhesión de los judíos opulentos. Debían a su corto número muchas ventajas, y no era insignificante la de contar en sus filas menos imbéciles que en las de sus adversarios, donde abundaban de un modo abrumador. Como formaban una pequeña minoría se concertaban con facilidad, obraban armónicamente, y no sentían la tentación de dividirse y contrariar sus esfuerzos; cada uno se proponía cumplir mejor cuanto más aislado se hallaba; y todo les permitía suponer que aumentarían las adhesiones, mientras que sus enemigos, apoyados desde luego en las muchedumbres, estaban más bien propensos a disgregarse.

Conducido ante el Tribunal en audiencia pública, Colombán advirtió en seguida que sus jueces no eran nada curiosos. En cuanto abrió la boca el presidente le mandó que se callara, y alegó para ello los altos intereses del Estado. Por la misma razón, que es la razón suprema, sus testigos tampoco fueron oídos. El general Panther, Jefe del Estado Mayor, compareció de gran uniforme con el pecho cubierto de infinitas condecoraciones, y declaró en estas palabras:

—El infame Colombán pretende que no tenemos pruebas contra Pyrot. Ha mentido; las tenemos. En los archivos de nuestras oficinas ocupan setecientos treinta y dos metros cuadrados que, a razón de quinientos kilos por metro, suman trescientos sesenta y seis mil kilos.

Inmediatamente, con elegante y fácil palabra, hizo un resumen de aquellas pruebas.

—Las hay de todos los colores y de todos los matices—dijo en substancia—; las hay de todas formas y de todos tamaños, en papel de todas clases. La menor tiene menos de un milímetro cuadrado y la mayor mide setenta metros de longitud por noventa centímetros de altura.

Estas revelaciones hicieron estremecer de horror al auditorio.

Greatauk declaró a su vez. Más sencillo, pero acaso más arrogante, vestía un traje gris y cruzaba sus manos a la espalda.

—Dejo—pronunció con calma y sin levantar mucho la voz—, dejo al señor Colombán la responsabilidad de un acto que puso a nuestro país a dos dedos de la perdición. El proceso Pyrot era secreto y debe continuar secreto. Si se divulgara, las desdichas más crueles, guerras, saqueos, incendios, carnicerías, epidemias, asolarían la Pingüinia. Yo me juzgaría reo de alta traición si pronunciase una palabra más.

Algunas personas de acreditada experiencia política, entre las cuales figuraba Bigourd, juzgaron la declaración del ministro de la Guerra más hábil y más pertinente que la de su jefe de Estado Mayor.

El testimonio del coronel Boisjoli produjo sensación:

—En un baile del Ministerio de la Guerra—dijo—el agregado militar de una potencia limitrofe me confesó que en las caballerizas de su rey admiró un forraje suave, perfumado y de un precioso color verde, como no lo había visto jamás. «¿De dónde procede?» le pregunté. No quiso contestarme; pero el origen de aquel forraje no era dudoso. Se trataba del forraje robado por Pyrot. Esas cualidades de verdor, de suavidad y de aroma son características de nuestro forraje nacional. El forraje de la na-

ción vecina es gris y quebradizo, cruje al ser arrastrado por la horquilla y sólo huele a polvo. ¡Que juzgue cada uno conforme a su conciencia!

El teniente coronel Hastaing declaró, entre un hostil clamoreo, que no creía culpable a Pyrot. Inmediatamente detenido por los gendarmes, fué metido en un calabozo donde, alimentado con sapos, culebras y cristal machacado, se mantuvo insensible a las promesas y a las amenazas.

El ujier llamó:

—El conde Maubec de la Dentdulynx.

Entre un absoluto silencio avanzó un aristócrata magnífico y astroso, cuyos bigotes amenazaban al cielo y cuyos ojos echaban lumbre.

Se acercó a Colombán y le miró con desprecio.

—Mi declaración—dijo—se reduce a una sola palabra: ¡Mierda!

Su actitud arrancó al público una tempestad de aplausos entusiastas y produjo uno de esos transportes que exaltan las almas y nos conducen a realizar empeños extraordinarios. Sin añadir más, el conde Maubec de la Dentdulynx se retiró.

Todos los presentes abandonaron la Sala para seguirle. Prostrada a sus pies, la princesa de los Boscenos se le abrazó a las piernas con entusiasmo. Impasible y sombrío avanzó bajo una lluvia de pañuelos y de flores. No fué posible desprender a la vizcondesa Oliva, que se agarró a su cuello; y el héroe la llevó flotante sobre su pecho, sin esforzarse, como llevaría una ligera banda.

Cuando se reanudó la audiencia, que se había suspendido a causa de aquella declaración, el presidente dispuso que se presentaran los peritos.

El ilustre perito de escritura, Vermillard, expuso el resultado de sus investigaciones.

—Estudiados minuciosamente—dijo—los papeles de Pyrot, y muy en particular su cuaderno de gastos y la cuenta de la lavandera: reconocí que, bajo una vulgar apariencia, revelaban una criptografía incomprensible cuya clave adiviné, a pesar de todo. La infamia del traidor aparece en cada línea. En ese artificio de su es-

critura, las palabras «tres cervezas y veinte francos para Adela», significan: «Entregué treinta mil pacas de forraje a la nación vecina». Conforme a esos documentos, pude averiguar la composición del forraje robado. En efecto: las palabras «camisas, camisetitas, calzoncillos, pañuelos de sonar, cuellos, puños, tabaco», deben traducirse por heno, trébol, alfalfa, pimpinela, avena, cizaña, grama de los prados. Y son éstas, precisamente, las hierbas olorosas que componen el forraje aromático servido por el conde Maubec a la caballería pingüina. ¡Pyrot consignaba sus crímenes en una forma que supuso indiscifrable! ¡Abruma tanta malicia y tanta inconsciencia!

Declarada su culpabilidad sin circunstancias atenuantes, Colombán fué condenado al máximo de la pena. Los jurados inmediatamente suscribieron un recurso contra tan excesivo rigor.

En la plaza del Palacio de Justicia y en los muelles del río que arrulló doce siglos de historia pingüina, cincuenta mil personas aguardaban impacientes y tumultuosas el resultado del proceso. Allí se agitaban los dignatarios de la Liga de los antipyrotinos, entre los cuales sobresalía el príncipe de los Boscenos, junto al conde de Clena, el vizconde de Oliva y el señor de la Trumelle; a poca distancia aguantaban los estrujones con paciencia el reverendo padre Agaric, los profesores y alumnos del colegio de San Mael, el monje Douillard y el generalísimo Caragüel; entre todos formaban un grupo sublime; y por el Puente Viejo comparecían las mujeres de los mercados y de los lavaderos, con garfios, palos, tenazas, mazos y cubos de lejía. Frente a las puertas de bronce y en la escalinata se reunían los defensores de Pyrot, catedráticos, publicistas y obreros; unos conservadores, otros radicales o revolucionarios; y en su descuidado vestir, en su aspecto hurano, se reconocía a los camaradas Fénix, Larrivé, Lapersonne, Dagoberto y Varambille.

Embutido en su levita fúnebre y cubierta la cabeza con su sombrero ceremonioso, Bidault-Coquille invocaba en favor de Colombán y del teniente coronel Hastaing las

matemáticas sentimentales. En el más alto escalón resplandecía sonriente y altiva Maniflora, cortesana heroica, deseosa de merecer como Leena un monumento glorioso, y como Epicharis las alabanzas de la Historia.

Los setecientos Pyrot, disfrazados de vendedores ambulantes, de mozos de cuerda, de colilleros y de antipyrotinos, vagaban en torno del edificio.

Al aparecer Colombán surgió de la multitud apiñada tan espantoso clamoreo que, lastimados, heridos por la conmoción del aire y del agua, los pájaros cayeron de los árboles y los peces aparecieron en la superficie, panza arriba.

En todas partes rugían:

—¡Al río Colombán! ¡Echadle al río!

Otros gritaban:

—¡Justicia y verdad!

Una voz, sola, consiguió hacerse oír:

—¡Muera el Ejército!

Fué la señal de una espantosa refriega. Los combatientes caían por millares y formaban con sus cuerpos amontonados montañas aulladoras y movedizas, sobre las cuales nuevos combatientes se maltrataban y caían. Las mujeres, enloquecidas, pálidas, con el pelo desprendido y alborotado, esgrimían las uñas y los dientes, atacaban a los hombres con esa fiereza que a la plena luz de una plaza baña su rostro de una expresión deliciosa, mucho más deliciosa que la que ofrecen, apasionadas, entre la sombra de las cortinas y las blanduras de un lecho.

Se proponían apoderarse de Colombán, morderle, estrangularle, desgarrarle, despedazarle, repartirse las piltrafas: cuando Maniflora, inmensa, pura como una virgen, en su túnica roja se alzó, serena y terrible, ante aquellas furias que retrocedieron asustadas.

Entreveíase la salvación de Colombán.

Sus entusiastas le abrieron camino a través de la plaza y le llevaron hasta un coche, prevenido a la entrada del Pueblo Viejo. Cerróse la portezuela y el caballo salió al trote largo; pero el príncipe de los Boscenos, el conde Clena y el señor de la Trumelle derribaron del pescante

al cochero; detuvieron al caballo, hicieron retroceder el vehículo hasta llevarlo al parapeto del puente, y desde allí lo empujaron. Saltó el agua deshecha en espuma, con un chapoteo ruidoso; luego sólo se vió un leve remolino en la superficie rumorosa y brillante.

Al punto los compañeros Dagobert y Varambille, ayudados por los setecientos Pyrot, se apoderaron del príncipe de los Boscenos y lo arrojaron al río de cabeza. Cayó en un lavadero, donde se lastimó lamentablemente.

La noche serena envolvía en su tranquilo silencio la plaza del Palacio de Justicia.

Y a tres kilómetros de allí, bajo un puente, acurrucado, enlodado, cerca del caballo herido, meditaba Colombán acerca de la ignorancia y la injusticia de las muchedumbres:

«El asunto es más complicado aún de lo que yo imaginaba. Preveo nuevas dificultades.»

Levantóse y se dirigió hacia el maltrecho animal.

—¿Qué daño les hiciste, infeliz?—dijo en alta voz—. Por mi culpa te han tratado cruelmente.

Abrazó a la bestia infortunada y besó la estrella blanca del testuz. Luego tiró de las riendas y, cojeando, se fueron a través de la dormida ciudad hasta su casa, donde sintieron la dulzura del sueño y olvidaron a los hombres.

## CAPÍTULO IX

### EL PADRE DOUILLARD

En su infinita mansedumbre, inducidos por el padre común de los fieles, los obispos, canónigos, párrocos, vicarios, abades y priores de la Pingüinia resolvieron celebrar un oficio solemne en la catedral de Alca, para obtener de la Divina Misericordia que pusiera término a los disturbios que desgarraban uno de los más nobles países de la cristiandad, y concediese al arrepentimiento

de la Pingüinia el perdón de sus crímenes contra Dios y contra los ministros del culto.

La ceremonia tuvo lugar el 15 de junio. El generalísimo Caragüel asistía, y le acompañaba todo su Estado Mayor. La concurrencia fué numerosa y brillante; según la frase feliz de Bigourd, «al mismo tiempo era una muchedumbre y una selección». Figuraba en primera línea el señor de la Berthoiseille, chambelán del príncipe Crucho. Cerca del púlpito, desde donde hablaría el reverendo padre Douillard, de la orden de San Francisco, hallábase de pie y en actitud de recogimiento, con las manos cruzadas sobre sus garrotes, los más ilustres personajes de la Liga de los antipyrotinos: el vizconde Oliva, el señor de la Trumelle, el conde Clena, el duque de Ampoule y el príncipe de los Boscenos. El padre Agaric ocupaba el ábside con los profesores y los alumnos del colegio de San Mael.

Las naves central y de la derecha se reservaron a los oficiales y a la tropa; el uniforme ocupaba, con esta previsión, lugar muy preferente, pues hacía la derecha inclinó el Señor la cabeza cuando expiraba en la cruz. Las damas aristócratas, entre las cuales aparecía la condesa Clena, la vizcondesa Oliva y la princesa de los Boscenos, acupaban las tribunas. En lo restante del edificio se apiñaban más de veinte mil religiosos de todos los hábitos y unos treinta mil fieles.

Después de la ceremonia expiatoria y propiciatoria, el reverendo padre Douillard subió al púlpito. El sermón había sido encargado primeramente al reverendo padre Agaric, pero, a pesar de sus méritos, le juzgaron inoportuno en aquellas circunstancias, y fué preferido el famoso franciscano, que había pasado seis meses predicando en los cuarteles contra los enemigos de Dios y de la autoridad.

El reverendo padre Douillard, tomó por texto: *Deposuit potentes de sede*, y estableció que toda potencia temporal tiene a Dios por principio y por fin, y que se pierde y se destruye cuando se aparta del camino que la Providencia le ha señalado y del objeto que le asignó.

Aplicó estas reglas sagradas al gobierno de la Pingüi-

nia, y trazó un cuadro espantoso de los males que los estadistas no habían sabido prever ni evitar.

—Al primer autor de tantos desastres y vergüenzas—dijo—le conocéis de sobra, hermanos míos. Es un monstruo, cuyo destino se halla providencialmente anunciado en el nombre que lleva. Al derivarlo del griego *pyros*, que significa fuego, la divina sabiduría que a veces también es filológica, nos quiso advertir etimológicamente que un judío haría estallar el incendio en el país que lo cobijó.

Presentó a la patria perseguida por los perseguidores de la Iglesia, y la hizo decir sobre su calvario reciente: «¡Oh, dolor! ¡Oh, glorial! Los que han crucificado a mi Dios, me crucifican.»

Estas palabras estremecieron al auditorio.

El orador, elocuente y brioso, conmovió más aún y espolé los odios de los fieles en sus imprecaciones al orgulloso Colombán, manchado por sus crímenes y sumergido en las aguas caudalosas que no bastarían para lavarle. Recogió todas las humillaciones, todos los peligros de la Pingüinia, para lanzarlos al rostro del presidente de la República y de su primer ministro.

—Ese ministro—dijo—cometió una cobardía degradante, por no atreverse a exterminar a los setecientos pyrotinos con sus aliados y sus defensores, como Saúl exterminó a los filisteos en Gabaon; y se hizo indigno de practicar el poder que Dios le había delegado; por lo cual pueden y deben los fieles despreciar su abominable soberanía. El cielo ayudará, piadoso, a los despreciadores. *Deposuit potentes de sede*. Dios desposeerá a los jefes pusilánimes y pondrá en su lugar a hombres enérgicos que sepan recurrir a El. Os lo advierto, señores; os lo advierto, jefes, oficiales y soldados que me oís; os lo advierto, generalísimo del ejército pingüino: ¡ha llegado la hora! Si no sabéis obedecer los mandatos de Dios, si no desposeéis en su nombre a las autoridades indignas, si no constituís en Pingüinia un Gobierno religioso y fuerte: no por esto dejará Dios de destruir lo que ha condenado; no por esto abandonará a su pueblo, y para salvarlo se valdrá de un humilde jornalero o de

un oscuro soldado. La hora pasa pronto. ¡Apresuraos!

Movidos por aquella exhortación ardorosa, los sesenta mil fieles vociferaron: «¡A las armas!, ¡a las armas! ¡Abajo los pyrotinos! ¡Viva Cruchol!» Y todos: frailes, mujeres, soldados, aristócratas, burgueses, proletarios, como si les impulsara el brazo que se alzó en el púlpito para bendecir, entonaron el himno *¡Salvemos la Pingüinia!* y salieron impetuosamente a la calle para dirigirse a la Cámara de los Diputados.

Solo, en la nave desierta, el prudente Cornamuse alzó los brazos al cielo y dijo con voz entrecortada:

—*Agnosco fortunam ecclesiae pingüinicanæ!* Preveo adonde nos conducirá todo esto.

El asalto dado por la muchedumbre católica al Palacio legislativo fué infructuoso. Rechazados vigorosamente por las brigadas negras y los guardias de Alca, los asaltantes huían en desorden, y los obreros procedentes de los arrabales, conducidos por Fénix, Dagoberto, Lapersonne y Varambille, acabaron de dispersarlos. El señor de la Trumelle y el duque de Ampoule fueron conducidos a la Comisaría. El príncipe de los Boscenos, después de haber luchado valerosamente, cayó con la cabeza ensangrentada.

En el entusiasmo de la victoria, los obreros, mezclados con innumerables vendedores ambulantes, recorrieron toda la noche los bulevares y llevaban a Maniflora en triunfo; rompieron los cristales de los cafés y los faroles del alumbrado público, mientras vociferaban: «¡Mue-ra Cruchol! ¡Viva la Social!» A su vez, los antipyrotinos derribaron los kioscos de los periódicos y las columnas anunciadoras.

Espectáculos tales, que una serena razón no puede aplaudir, conducen sólo a que se aflijan los ediles cuidadosos de sus calles; pero lo que resultaba más triste para las gentes de corazón era el aspecto de esos hipócritas que, por miedo a los golpes, se mantenían a distancia igual entre los dos campos, y a pesar de mostrarse cobardes y egoístas, pretendían que fuese admirada la generosidad de sus sentimientos y la nobleza de su alma. Se frotaban los ojos con cebolla, ponían boca de ratón,

se sonaban ruidosamente, modulaban su voz en las profundidades de su barriga y gemían: «¡Oh, pingüinos, cesad en vuestra lucha fratricida; no desgarréis el seno de vuestra madre!» ¡Como si los hombres pudiesen vivir en sociedad sin disputas y querellas; como si las discordias civiles no fueran una condición indispensable de la vida nacional y del progreso de las costumbres! Llorones hipócritas, proponían componendas entre lo justo y lo injusto, y ofendían así al justo en su derecho y al injusto en su audacia. Uno de ellos, el rico y poderoso Machimel, resplandeciente de cobardía, se alzó sobre la ciudad como un coloso del dolor; sus lágrimas formaron a sus pies lagunas con peces, y sus lamentos hacían zozobrar las barcas de los pescadores.

Durante aquellas noches agitadas, en lo más alto de su vieja torre, bajo el cielo sereno, mientras las estrellas errantes dejaban su imagen prendida en las placas fotográficas: Bidault-Coquille se glorificaba en el fondo de su corazón. Luchaba por la justicia, amaba y era amado con amor sublime. La injuria y la calumnia remontábanle hasta las nubes. Su caricatura se veía con las de Colombán, Kerdanic y el teniente coronel Hastaing en los kioscos de los periódicos; los antipyrotinos publicaban que había recibido cincuenta mil francos de la banca judía; los gacetilleros de los diarios militaristas consultaban acerca de su valor científico a los sabios académicos, y éstos negaban el conocimiento de los astros al astrónomo libre y revolucionario, ponían en duda sus observaciones más sólidas, rechazaban sus descubrimientos más verídicos y condenaban sus hipótesis más ingeniosas y fundadas. Halagado por el odio y la envidia era dichoso.

Contemplando a sus pies la inmensidad oscura salpicada por una multitud de luces, sin comprender que una noche de capital populosa encierra muchos sueños pesados, muchos insomnios crueles, muchas ilusiones vanas, muchos placeres agriados y muchísimas miserias, reflexionó:

«En esa enorme población combaten lo justo y lo injusto.»

Trocaba la realidad múltiple y vulgar en una poesía

sencilla y magnífica para representarse el proceso Pyrot bajo el aspecto de una lucha de ángeles malos y buenos. Seguro de que triunfarían eternamente los Hijos de la Luz, gozándose al sentir dentro de sí la claridad que vencería las tinieblas.

## CAPÍTULO X

### EL CONSEJERO CHAUSSEPIED

Ciegos hasta el terror, imprudentes y estúpidos: ante las hordas del capuchino Douillart y los secuaces del príncipe Crucho los republicanos abrieron los ojos para comprender al fin el verdadero sentido del proceso Pyrot. Los diputados que durante dos años palidecían al oír los rugidos de la muchedumbre patriótica, no se envalentonaron, pero en un cambio de cobardía culparon al Ministerio Chorrodemiel de los desórdenes que habían alentado ellos mismos con sus complacencias y hasta con sus felicitaciones pusilánimes. Reprochaban al Gobierno por haber puesto en peligro la República con la debilidad y las concesiones que ellos mismos le impusieron; algunos comenzaron a sospechar que les interesaba creer en la inocencia de Pyrot, y sintieron entonces crueles angustias ante la idea de que pudo ser condenado injustamente aquel infeliz, y expiaba los crímenes de otros en una jaula mecida por el viento. «¡No duermo tranquilo!», decía confidencialmente a varios diputados de la mayoría el ministro Guilloumette, que aspiraba a reemplazar a su jefe.

Los generosos legisladores derribaron el Gabinete, y el presidente de la República reemplazó a Chorrodemiel por un sempiterno republicano de barba frondosa, llamado La Trinité, quien, como la mayor parte de los pingüinos, no entendía una sola palabra del proceso pero notaba que se habían metido en el asunto demasiados frailes.

El general Greatauk, antes de abandonar el ministerio

hizo sus últimas recomendaciones a Panther, jefe de su Estado Mayor.

—Os quedáis cuando yo me voy—le dijo al estrecharle la mano—. El proceso Pyrot es como una hija mía; os la confío; merece vuestro amor y vuestros cuidados: es hermosa. No olvidéis que su hermosura prefiere la oscuridad, se goza en el misterio y desea permanecer velada. Respetad su pudor. Ya profanaron sus encantos muchas miradas indiscretas. Deseasteis pruebas y las obtuvisteis; las tenéis innumerables; las tenéis de sobra. Preveo intervenciones inoportunas y curiosidades dañinas. En vuestro lugar yo haría una hoguera con todas las carpetas. Creedme: la mejor prueba es no tener ninguna. Esta es la sola prueba que no se discute.

¡Ay! el general Panther desconocía la prudencia de aquellos consejos; Greatauk profetizaba. Al entrar La Trinité en el ministerio pidió el expediente del proceso Pyrot. Péniche, su ministro de la Guerra, se resistió a dárselo, en nombre de los elevados intereses de la defensa nacional, y afirmó que aquel expediente constituía por sí solo el más vasto archivo de la tierra. La Trinité estudió el proceso como pudo; sin penetrarlo hasta el fondo olfateó la ilegalidad, y valiéndose de sus derechos y prerrogativas ordenó la revisión. Inmediatamente Péniche, su ministro de la Guerra, le acusó de insultar al ejército y de ser traidor a la patria, y le arrojó su cartera a las narices. Fué reemplazado por otro general que hizo lo mismo, y a éste sucedió un tercero que imitó a sus dos predecesores. Los siguientes, hasta sesenta, se acomodaron al ejemplo; y el venerable La Trinité gimió abrumado bajo las carteras belicosas. El sesenta y uno, Julep se mantuvo en sus funciones, y no porque se hallara en desacuerdo con tantos y tan nobles colegas, sino porque había sido comisionado por ellos para traicionar al presidente del Consejo, cubrirle de oprobio y de vergüenza y dar a la revisión un giro que glorificase a Greatauk, satisficiera a los antipyrotinos, beneficiase a los frailes y facilitara la restauración del príncipe Crucho.

El general Julep, dotado de altas virtudes militares, no gozaba de una inteligencia bastante luminosa para em-

plear los procedimientos sutiles y los métodos refinados de Greatauk. Suponía, como el general Panther, que se necesitaban pruebas tangibles contra Pyrot, que nunca serían demasiadas, que nunca reuniría las suficientes. Expuso estas ideas a su jefe de Estado Mayor, que se hallaba dispuesto a compartirlas.

—Panther—le dijo—, se acerca la hora en que necesitaremos pruebas abundantes y superabundantes.

—Lo sé, mi general—respondió Panther—; voy a completar mi archivo.

Al medio año las pruebas contra Pyrot llenaban dos pisos del Ministerio de la Guerra. El suelo se hundió con el peso de las carpetas, y las pruebas aplastaron, en forma de avalancha, a dos jefes de servicio, catorce jefes de negociado y sesenta escribientes, ocupados en la planta baja en dar curso a las órdenes que modificaban la hechura de las polainas de los cazadores. Hubo que afianzar las paredes del edificio. Los transeuntes veían con estupor enormes vigas, monstruosos puntales que apoyados oblicuamente sobre la fachada obstruían el paso, perturbaban la circulación de los coches y de los peatones y ofrecían a los *autos* un obstáculo contra el cual estrellaban a sus viajeros.

Los jueces que habían condenado a Pyrot realmente no eran jueces, eran militares. Los jueces que habían condenado a Colombán, eran dioses menores de la judicatura. Por encima de unos y de otros se hallaban los verdaderos jueces, que lucían sobre sus togas rojas el ropón de armiño. Estos, reputados por su ciencia y su doctrina, componían un Tribunal cuyo nombre terrible expresaba su poder, se llamaba el Tribunal Supremo, y era como un mazo suspendido sobre las sentencias de todas las otras jurisdicciones.

Uno de aquellos jueces rojos del Tribunal Supremo, llamado Chaussepied vivía entonces en un arrabal de Alca, modesta y tranquilamente. Su alma era pura, su corazón honrado, su inteligencia se inclinaba a la justicia. Cuando no tenía autos que revisar tocaba el violín y cultivaba jacintos. Los días de fiesta le invitaban a comer sus vecinas, las señoritas Helbivore. Su ancianidad

era sonriente y robusta, y sus amigos alababan su ameno carácter.

Pero hacia algunos meses que se mostraba irritable y disgustado, y si abría un periódico, su rostro apacible cubriase de arrugas dolorosas y de palideces coléricas. Pyrot era la causa. El magistrado Chaussepied no podía comprender que un militar hubiese cometido una traición tan villana como vender ochenta mil pacas de follaje sustraídas de las Provisiones para entregarlas a un país enemigo; y concebía menos aún que un canalla semejante hubiese encontrado defensores oficiosos en Pingüinia. La sola idea de que existiesen en su patria un Pyrot, un teniente coronel Hastaing, un Colombán, un Kerdanic, un Fénix, le marchitaba los jacintos, le desafinaba el violín, le nublaba el cielo y la tierra y le amargaba los manjares de las señoritas Helbivore.

Cuando el ministro de Justicia llevó el proceso Pyrot al Tribunal Supremo, le correspondió a Chaussepied examinarlo y descubrir sus errores, en caso de que los tuviese. Como era todo lo integro que se puede ser, acostumbrado a juzgar sin odio ni favor, esperaba encontrar en los documentos que se le ofrecían pruebas de una culpabilidad cierta y de una perversidad tangible. Después de muchas dificultades y reiteradas negativas del general Julep, se le facilitaron a Chaussepied las carpetas del archivo. Su número se elevaba a catorce millones seiscientas veintiséis mil trescientas doce, y al verlas el magistrado quedó primero sorprendido, luego asombrado, por fin estupefacto y maravillado. Encontró en las carpetas prospectos de almacenes de novedades, periódicos, figurines, bolsas de papel, correspondencias comerciales, cuadernos estudiantiles, telas de embalar, papel de lija, barajas, planos, seis mil ejemplares de la *Clave de los Sueños...*, pero ni un solo documento referente a Pyrot.

## CAPITULO XI

## CONCLUSIÓN

Abierto nuevamente el proceso, sacaron a Pyrot de la jaula. Los antypirotininos no se dieron por vencidos. Los jueces militares volvían a juzgar a Pyrot. Greatauk, en sus nuevas declaraciones se mostró superior a sí mismo; propuso que condenaran por segunda vez al acusado, y para conseguirlo declaró que las pruebas comunicadas al Tribunal Supremo eran insignificantes, por la sencilla razón de que las más comprometedoras para el acusado habían de conservarse ocultas, por exigirlo así los altos intereses nacionales. En opinión de los bien enterados, nunca desplegó tanta sutileza. Cuando al salir de la Audiencia atravesaba el vestíbulo del tribunal entre grupos de curiosos, con paso tranquilo y las manos cruzadas a la espalda: una mujer vestida de rojo, con el rostro cubierto por un velo negro y armada con un cuchillo de cocina se lanzó hacia él y gritó:

—¡Muere, bandido!

Era Maniflora. Antes que los presentes comprendieran lo que pasaba, el general la cogió por la muñeca, y con aparente dulzura la oprimió de tal modo que la mano lastimada tuvo que soltar el cuchillo.

Entonces Greatauk lo recogió del suelo, se lo ofreció a Maniflora y le dijo cortésmente:

—Señora; se os ha caído un utensilio casero.

No pudo impedir que la heroína fuese conducida a la Comisaría, pero consiguió que la pusieran pronto en libertad y empleó más adelante toda su influencia para que se diera por terminado aquel incidente.

La segunda condena de Pyrot fué la última victoria de Greatauk.

El magistrado Chaussepied, que antes sentía tanta estimación hacia el ejército, enfurecido contra los jueces militares anulaba todas las sentencias como un mono

casca avellanas. Rehabilitó por segunda vez a Pyrot, y si hubiera sido necesario le rehabilitara quinientas veces.

Furiosos, al comprender que habían sido cobardes, engañados y burlados, los republicanos se revolieron contra los frailes y los curas. Los diputados redactaron leyes de expulsión, de separación, de expoliación.

Sucedió lo que había previsto el padre Cornamuse, el cual fué arrojado del bosque de Conils. Los agentes de Hacienda confiscaron sus alambiques y sus retortas, y los subastadores se repartieron las botellas del licor de Santa Orberosa. El piadoso fabricante perdió los tres millones quinientos mil francos que le producían sus productos. El padre Agaric encaminóse al destierro y abandonó su colegio en manos laicas que lo dejaron decaer. Separada del Estado protector, la Iglesia pingüina languideció como una planta desarraigada.

Al sentirse victoriosos los defensores del inocente se dedicaron a desgarrarse los unos a los otros, abrumándose con ultrajes y calumnias. El vehemente Kerdanic se arrojó sobre Fénix, decidido a devorarlo, mientras los judíos opulentos y los setecientos pyrotinos se apartaban con desdén de los camaradas socialistas, a los cuales imploraron poco antes.

—No os conocemos—les decían—, dejadnos en paz; nada puede interesarnos vuestra justicia social. La verdadera justicia social es la defensa de las riquezas.

Elegido diputado y nombrado jefe de la mayoría, el camarada Larrivéé fué llevado por la Cámara y por la opinión hasta la presidencia del Consejo. Se declaró enérgico defensor de los Tribunales militares que habían condenado a Pyrot. Sus antiguos camaradas socialistas reclamaron un poco más de justicia y de libertad para los empleados del Estado y para los trabajadores manuales, y Larrivéé combatió sus proposiciones en un elocuente discurso.

—La libertad—dijo—no es la licencia. Entre el orden y el desorden elijo fácilmente. La revolución es inútil; la violencia es el enemigo más temible del Progreso. No se consigue nada por la violencia. Señores: los que como

yo quieran reformas, deben aplicarse antes a remediar esta agitación que debilita a los Poderes como la fiebre agota a los enfermos. Ya es tiempo de procurar que las gentes honradas vivan tranquilas.

Este discurso fué muy alabado. El Gobierno de la República siguió sometido a la sanción de las poderosas Compañías monopolizadoras; el ejército se consagró a la defensa del capital; destinóse la marina a proporcionar negocios para los metalúrgicos. Se negaban los ricos a pagar la parte que les correspondía de los impuestos, y los pobres, como antes, pagaban por todos.

Desde lo alto de su vieja torre, bajo la asamblea de los astros nocturnos, Bidault-Coquille contemplaba con tristeza la ciudad adormecida. Maniflora le había abandonado. Devorada por el ansia de nuevas abnegaciones y de nuevos sacrificios, habíase ido con un joven búlgaro a imponer en otro país la justicia y la venganza. El astrónomo no sentía su ausencia, porque al terminar el proceso enteróse de que no era tan hermosa ni tan inteligente como al principio le pareció. Sus impresiones se habían modificado en el mismo sentido respecto a otras formas y a otros pensamientos; pero lo más cruel era que se juzgó a sí mismo bastante menos interesante, menos grandioso.

Y reflexionaba:

«Te creíste sublime cuando sólo vivías de candor y de buena voluntad. ¿De qué puedes enorgullecerte, Bidault-Coquille? De haber sido de los primeros en estimar la inocencia de Pyrot y la bribonería de Greatauk. Pero las tres cuartas partes de los que defendieron a Greatauk de los ataques de los setecientos pyrotinos lo sabían mejor que tú. ¿De qué puedes mostrarte orgulloso? ¿De haberte atrevido a decir lo que pensabas? El valor cívico y el arrojo militar son efectos de la imprudencia. Fuiste imprudente sin duda, y esto no es bastante motivo de alabanza. Tu imprudencia fué minúscula, y sólo te expuso a peligros insignificantes; no arriesgabas la vida. Los pingüinos perdieron la soberbia cruel y sanguinaria que antiguamente dió a sus revoluciones trágica grandeza; es el efecto fatal del decaimiento de las creencias y

de los caracteres. Por haber mostrado en un punto particular más clarividencia que la mayoría, ¿mereces que te juzguen como un espíritu superior? Al contrario: creo que no demostraste, Bidault-Coquille, un profundo conocimiento de las condiciones del desarrollo intelectual y moral de los pueblos. Suponías que las injusticias sociales se hallaban ensartadas como las perlas y que bastaba sacar una para que se desgranase el collar. Era una concepción inocente. Imaginabas imponer de pronto la justicia en tu país y en el universo. Fuiste un buen hombre, un espiritualista honrado, sin mucha filosofía experimental. Reflexiónalo bien y comprenderás que tuviste alguna malicia, pero que tu ingenuidad, hasta cierto punto era engañosa. ¡Creías hacer un gran negocio moral! Premeditaste: «Seré valeroso y justo una vez para siempre. Podré descansar luego en la estimación pública y en el aplauso de la Historia.» Y ahora, con las ilusiones perdidas, comprendes hasta qué punto es difícil enderezar entuertos; porque nada se consigue, nada se remedia; vuelves a tus asteroides, y haces bien. En lo que te queda de vida procura ser modesto, Bidault-Coquille...»

## LIBRO SÉPTIMO

LOS TIEMPOS MODERNOS. — LA SEÑORA CERÉS

### CAPÍTULO PRIMERO

EL SALÓN DE LA SEÑORA CLARENCE

La señora Clarence, viuda de un importante funcionario de la República, gustaba de cultivar el trato social. Reunía todos los jueves algunos amigos modestos que se complacían en la conversación. Todas las señoras que iban a su casa, de muy diversa edad y estado, carecían de dinero y habían padecido mucho. Una duquesa tenía el aspecto de cartomántica, reveladora de presagios, y una cartomántica parecía una duquesa. La señora Clarence, bastante atractiva para conservar sus viejas relaciones, no lo era ya lo suficiente para renovarlas. Tenía una hija muy hermosa y sin dote, que atemorizaba mucho a los invitados; porque los pingüinos huyen, como del fuego, de las muchachas pobres. Evelina Clarence advertía la reserva cautelosa de los hombres, y desde que averiguó el motivo sirvióles el té desdeñosamente. Se la veía poco en las tertulias y sólo hablaba con las señoras o con los jovenzuelos; su presencia nunca refrenó los atrevimientos en las conversaciones porque, o la suponían bastante inocente para no comprenderlos o recordaban sus veinticinco años que la permitían oírlo todo.

Un jueves, en la tertulia de la señora Clarence se ha-